

Retiro de Adviento

“Tu Santuario, Nuestro Belén”

26 Noviembre 2011 P. Carlos Padilla

I. En camino al encuentro con ese Dios que se hace carne y nos busca

Una vez más nos retiramos al comenzar el Adviento para echar la vista hacia atrás y descubrir el paso de Dios por nuestras vidas. Nos preguntamos lo que Dios nos pide para el tiempo que tenemos por delante. En retiros tan cortos como éste, en los que sólo tenemos un día, unas horas, puede surgir una tentación muy cómoda. Llegamos cansados, con las pilas casi descargadas y demasiado llenos de impresiones diferentes. Llegamos cargados de preocupaciones, de problemas, de alegrías. La tentación consiste en dejar pasar las horas sin aprovechar esta oportunidad que Dios nos regala para hacer silencio y encontrarnos con nosotros mismos. Muchas cosas han pasado en el último tiempo, seguro que no ha habido tiempo para la reflexión profunda, para una oración tranquila y auténtica. Nos gustaría dormir más, leer un buen libro de lectura espiritual, y así dejar pasar las horas sin hablar con nadie. El corazón, cuando está acelerado, no quiere detenerse. No tiene ganas de enfrentarse con la propia vida, con nuestra realidad. Pero necesitamos detenernos y por eso hoy habéis venido hasta aquí haciendo siempre un gran sacrificio. Sin embargo, el peligro está en nuestras manos: podemos desaprovechar el tiempo que hoy tenemos.

Comienza el Adviento, que es un tiempo de gracia, un tiempo de espera y misericordia, un tiempo de paz. El corazón necesita detenerse para tomarle el peso al tiempo que comienza. Es fundamental que nos preparemos para el nacimiento de Jesús en la humildad de nuestra carne. Son sólo 26 días y el tiempo pasa volando. Ante esta necesidad, ante este tiempo que se nos confía, queremos detenernos y hacer silencio, reservarnos un día por lo menos, para pensar en este tiempo de gracias que tenemos ante nosotros. Sin embargo, ¡Cuánto nos cuesta detenernos un momento! Parece como si todo nos impulsara en una lucha sin cuartel con la propia vida. Nos cuesta mucho parar los motores, desconectar los relojes, los móviles y las agendas y hacer silencio.

¿Qué es el silencio?

Muchas veces llamamos silencio a no decir palabras, a no hablar con nadie, mientras en nuestra interior, continúa un diálogo continuo con nosotros mismos, lleno de ruidos, imágenes e interferencias. Recuerdo la reflexión que hacía S. Gregorio Magno cuando tuvo que abandonar su vida apacible en el convento para dedicarse a conducir la Iglesia:

«Cuando estaba en el monasterio, podía guardar mi lengua de conversaciones ociosas y estar dedicado casi continuamente a la oración. Pero, desde que he cargado sobre mis hombros la responsabilidad pastoral, me es imposible guardar el recogimiento que yo querría, solicitado como estoy por tantos asuntos. Tengo que tratar con las personas del mundo, lo que hace que alguna vez se relaje la disciplina impuesta a mi lengua. Pero, como yo también soy débil, poco a poco me voy sintiendo atraído por aquellas palabras ociosas, y empiezo a hablar con gusto de aquello que había

empezado a escuchar con paciencia y resulta que me encuentro a gusto postrado allí mismo donde antes sentía repugnancia de caer». Estas palabras reflejan lo que nos sucede en la vida. Deseamos el silencio, sin embargo, las preocupaciones y los problemas nos consumen las fuerzas y no nos queda energía para hacer silencio de verdad. Queremos parar los motores y no hablar, pero nos atrae demasiado el ritmo que teníamos. Si no logramos detenernos, de nada nos servirán las charlas, los momentos de oración o la paz del Santuario.

Al pensar en el silencio, en la oración, pensaba en Juan Pablo II. El Beato, como es cariñosamente llamado por muchos, destacaba por esa vida profunda de oración que lo llevaba a postrarse durante horas ante el Señor. Wanda Póltawska describía así la actitud de Juan Pablo II en una eucaristía: *«Ese hombre se alejó de nosotros para acercarse a aquel misterio, delante del cual nos arrodillamos. Me llenaba de tristeza no poder atravesar los límites de aquel ser humano que se quedó con Dios. Solo. Silencio. Un gesto espontáneo que nos envuelve. Un sentimiento de unión, una cercanía que quita el aliento, esto es precisamente la santa misa, el hecho de que estamos juntos. Dios está con nosotros, dentro de nosotros»*¹. Es la descripción de ese momento de Dios con el Papa. De ese momento de gracias en el que Dios se hace carne en las manos de un hombre revestido de Dios. A veces no valoramos esos momentos de oración en nuestra vida, esos momentos de intimidad. No valoramos la eucaristía como el misterio del amor de Dios por nosotros y nos fijamos sólo en la calidad de la homilía. Decía el Padre Pío: *«Para la tierra sería más fácil existir sin sol que sin el sacrificio de la eucaristía»*. Y tantas veces nos olvidamos de la misa o le damos un papel secundario en nuestra vida.

Hoy llegamos al Santuario y descansamos en él, en nuestra Madre, en Dios, en su corazón de Padre. Hoy escuchamos, aprendemos a escuchar, lo que nos resulta tan difícil muchas veces. Hoy dejamos a un lado las prisas y los problemas, los miedos y las preocupaciones. Hoy queremos adentrarnos en ese mundo tan próximo y a la vez tan lejano, nuestro propio mundo interior. ¡Cuánto nos cuesta profundizar! ¡Qué ruido hace el mundo, un ruido ensordecedor! Decía Benedicto XVI: *«Ha llegado el momento de encontrar el auténtico desapego del mundo, de extirpar valientemente lo que hay de mundano en la Iglesia. Esto no quiere decir retirarse del mundo, sino todo lo contrario. Una Iglesia aligerada de los elementos mundanos es capaz de comunicar a los hombres precisamente en el ámbito social y caritativo, la particular fuerza vital de la fe cristiana»*. El retiro quiere apartarnos momentáneamente del mundo para hacernos más fuertes, más capaces de vivir en presencia de Dios. No queremos quedarnos en la superficie. La oración superficial no llega a ser verdadera oración. ¡Qué lejos estamos del ideal al que Dios nos llama: vivir en comunión con Aquel que nos ha amado primero! San Pablo nos lo dice, *«somos ciudadanos del cielo»* Fil 3,20. Estamos llamados a caminar en la tierra pero con la mirada puesto en lo alto buscando a Dios con el corazón. Hoy nos retiramos para pedirle a Dios que nos corte las cadenas, a veces tan sutiles, que nos atan con el mundo, con el ruido, con las prisas. Hoy nos detenemos y cortamos con todo.

II. Contemplar la vida

Llegamos al retiro y por nuestra retina pasan todos los acontecimientos que cada uno ha vivido en estos últimos meses. Cada uno tiene la tarea de saborearlos en el corazón de Dios,

¹ Wanda Póltawska, “Diario de una amistad”, 66

en el corazón de nuestra Madre. Decía el P. Kentenich: «*El santo de la vida diaria piensa, ama y vive como hijo de la Providencia y como enamorado de la sabiduría eterna*». El santo de la vida diaria mira su vida y busca a Dios en ella, tratando de descifrar sus planes. Yo quería detenerme hoy en varios de esos acontecimientos que nos han tocado a todos en el último tiempo. La vida golpea y nosotros reaccionamos. Dios es providente, su amor nos busca y nos conduce. No queremos olvidarnos de ese amor que salva nuestra vida.

a. Las heridas de nuestro tiempo, las heridas en la propia alma

Vivimos en un mundo globalizado en el que cada día escuchamos tantas desgracias y dificultades. Terremotos, guerras, atentados, muertes inocentes, falta de solidaridad. La crisis nos acompaña cada día. La enfermedad, la muerte, la soledad, la frustración, el odio, la mentira, la violencia, la injusticia, están en todas partes. A veces, casi sin darnos cuenta, vemos el dolor muy cerca y nos cuesta entender los planes de Dios, la cara oculta del tapiz. Otras veces tocamos el dolor en nuestra propia vida y vemos cómo todas las cosas van dejando huella en el corazón. Ante los sucesos podemos reaccionar de diferentes maneras. Podemos intentar hacernos inmunes, creando una coraza que nos proteja del dolor, o podemos hacernos más sensibles y solidarios con el dolor de aquellos que nos rodean.

Pero las heridas permanecen en el corazón. Leía el otro día unas palabras de César Pérez de Tudela: «*Termino estas deducciones y reflexiones sobre Filosofía y Alpinismo con un pensamiento de Byron: «Las heridas del alma sólo se curan en las cimas»* (Artículo “Alpinismo y filosofía”). En las alturas de las cimas más altas, en esas alturas a las que el alma aspira a llegar. No por medio de la voluntad, sino como gracia de Dios en nuestra vida. Por eso comenzamos el tiempo de Adviento con un retiro, para dejar que el alma descance en Dios y reciba su paz. Queremos dejar nuestras heridas en las manos de María en el Santuario. Nos sabemos heridos. Sabemos que nuestra alma está rota. Amor y desamor, entrega y egoísmo. Y queremos notar las manos de una madre que sana las heridas. Que nos lleva a las cumbres donde sólo vive Dios. En esas cumbres podremos mirar nuestra vida con distancia. Valorar lo que tenemos y volver a enamorarnos del camino que Dios nos ha señalado.

María es la imagen de la mujer llena de Dios en camino. Decía el P. Kentenich que María es la estrella: «*Que guiará a la humanidad moderna de nuevo a Belén, donde permanecerá en pie, junto al establo, hasta que todos los que son conducidos hasta allí, se arrodillen y adoren*»². En su caminar nos busca y quiere llevarnos hasta su Hijo. Ella, que ha recibido el Espíritu en su seno y está llena de Dios, llena de Cristo, se pone en marcha para entregar el amor que lleva en su seno. Sale de sí misma y va al encuentro de Isabel. Reacciona al saber que está embarazada la que llamaban estéril. María sale de Nazaret hacia Belén llena de Cristo, de la mano de José. Ella no piensa en su seguridad ni en la comodidad que deja en Nazaret. Sólo obedece las insinuaciones de Dios y reacciona, se pone en camino presurosa, sin dudas. El corazón de María está siempre dispuesto a ponerse en marcha, a dejar atrás las seguridades, a actuar de acuerdo a los deseos de Dios cuando Él los manifiesta. María nos invita a caminar hacia Belén, nos muestra el camino. Nos enseña a no quedarnos dormidos en nuestro mundo, a salir al encuentro del que sufre, del que llora, del que necesita nuestra

² J. Kentenich, “Charla para el tercer curso de las Hermanas de María”, 18-10-1929

ayuda y consuelo. María quiere hijos peregrinos, siempre en camino, allí donde Dios los quiere. Quiere hijos inquietos y dispuestos a dejar sus cosas por amor, por un amor más grande. Sin miedo a perderlo todo en el camino.

Con frecuencia nos cuesta entender los planes complicados y escondidos de Dios. Nos cuesta aceptar la cruz, el dolor, la muerte de los seres queridos. No entendemos esos accidentes que se llevan por delante la vida de chicos jóvenes. No aceptamos que el cáncer pueda quitarnos la vida casi sin darnos cuenta. No entendemos el dolor que nos oscurece la mirada y hace que no veamos con paz el futuro que Dios abre ante nosotros. Estas palabras tocan algo central: *«Por primera vez, he vislumbrado (solo eso) el tesoro del dolor unido a su Cruz, junto a María, sanando, fortaleciendo, arraigándome, redescubriendome con su luz. Sí, Padre, todo lo haces nuevo y las palabras, hoy, se quedan tan cortas. María, te pedí que me matricularas y sé que me estás enseñando las primeras lecciones para aprender a amar. Y tú, Madre amable, sabes que hay lecciones que se aprenden en el dolor»*. La cruz y el dolor sólo cobran sentido en la cruz de Cristo, aún sin entender, sólo vislumbrando la mano llena de amor de un Padre que sabe mejor que nosotros el camino. Aunque muchas veces no entendamos, aunque no veamos nada claro. Recordamos las palabras del padre de una chica que sufrió hace unos días un accidente: *«Yo ya no digo nada. Creo que necesito escuchar. Dios mío, ayúdanos. Y si puedes, frena un poco. Bueno, lo que tu veas. Al fin y al cabo eres quien sabe lo que realmente interesa»*. Él sabe lo que nos hace falta mejor que nosotros. Él entiende nuestros caminos y nos enseña a caminar en el claroscuro de la fe. Confiado. Construyendo. Esperando.

b. La crisis económica a nivel mundial.

Es una crisis en la que nos encontramos todos afectados y que no sabemos cuánto va a durar. Es, por tanto, un acontecimiento al que nos enfrentamos cada día sin poder calcular las consecuencias, sin controlar nada. No pretendo hacer hoy un análisis de la crisis, nada más lejos de la intención de este retiro. Los expertos en el tema sabrán cómo hacerlo. Sin embargo, ante una crisis como ésta, nos confrontamos con algunas preguntas: ¿No está en crisis el corazón del hombre de hoy que ha dejado a Dios de lado en su vida? ¿No está en crisis la humanidad entera en la que las desigualdades, las injusticias, las opresiones, las guerras están a la orden del día? ¿No está en crisis ese hombre enardecido por el deseo de poseer, cegado por su egoísmo, ávido de bienes y de gloria? Y surge una pregunta más: ¿Cómo reaccionamos nosotros ante esta crisis? ¿Hemos perdido la esperanza cristiana que nos anima a mirar la vida con los ojos de Dios, con los ojos de la fe?

La crisis nos confronta con la limitación del ser humano. Atravesamos una crisis que nos tiene que ayudar a poner las cosas en su sitio en nuestra escala de valores. No es fácil enfrentar esta crisis y no queremos banalizar cuando hablamos de ella. No es fácil dar respuestas que ayuden en el camino. Decía Olegario González de Cardedal: *«¿Quién tiene la capacidad para interpretar los hechos, iluminar las conciencias, fortalecer la voluntad y sostener a la persona, no consolándola fácilmente o halagándola con engaños, sino alejando ante la dura realidad? La Iglesia ha asumido el reto intentando poner luz, coraje y responsabilidad desde la luz de Cristo»*. Cuando la crisis toca el trabajo, cuando experimentamos el dolor y la amargura del paro, cuando nos falta el dinero, la esperanza comienza a flaquerar y no nos vale cualquier respuesta. Pero la Iglesia sí quiere dar respuestas al hombre de hoy que sufre una crisis que

toca lo esencial de su subsistencia. La crisis toca su trabajo, su familia, sus sueños. Toca su futuro que se torna incierto. Los principios comienzan a flaquear, y ya no nos valen las grandes reflexiones teológicas. Nuestras bases se tambalean. Añadía Olegario González de Cardenal: *«No podemos vivir sin fundamentos, pero no podemos ser fundamentalistas; nos atenemos a la materia que somos, pero no seremos nunca materialistas; reconocemos la historia que avanza en superación creciente, pero no seremos nunca relativistas»*. Así es el corazón del cristiano que es capaz de mirar hacia adelante con esperanza y no ceder ante la tentación de llevar una vida sin fundamentos, sin principios firmes.

Porque lo que tenemos claro es que cuando sólo prima el bienestar, cuando el interés por el propio bien está en un primer plano, perdemos la perspectiva válida. La crisis nos lleva hoy a cambiar nuestro orden de prioridades. Es necesario que nos ajustemos el cinturón y demos importancia sólo a lo importante. Es necesario aprender a valorar los pequeños regalos de la vida. Estamos llamados a vivir una mayor austeridad en nuestra vida familiar, lo cual es un bien que ahora nos toca vivir cada día. Comprendemos que la crisis nos va a hacer cuestionarnos nuestra forma de pensar, de amar y de vivir. La crisis nos puede hacer más solidarios y más conscientes de las necesidades que hay a nuestro alrededor o puede volvernos más egoístas. La crisis nos puede abrir a aquellos que más sufre o puede permitir que vivamos despreocupados de los que nos rodean.

Pero la crisis también puede sumirnos en la desesperanza. Más que el desplome de todos, acabamos temiendo el desplome personal. Nos duele que se hunda el barco sobre todo cuando nos hundimos con él. Al fin y al cabo, de nada nos sirve el dicho: mal de muchos consuelo de tontos. En realidad, el problema de la crisis es que nos hace perder la esperanza en el hombre y en el futuro. Es como si, súbitamente, todo perdiera sentido. La desesperanza nos hace dudar de la presencia providente de Dios. ¿Cómo puede Dios tolerar el mal en el mundo? Y más aún, ¿cómo puede tolerar el mal en nuestra propia vida? Perdemos el sentido de nuestra existencia. ¿Dios nos ha creado sólo para sufrir? Y pensamos en ese Dios que parece haberse olvidado del hombre.

Sin embargo, creo que es la esperanza el mensaje que deberíamos llevar grabado en el alma. El otro día leía un comentario de Eduardo Punset: *«Está demostrado: ¡Cualquier tiempo pasado fue peor!»* Y comentaba todas las cosas que ocurren en este siglo: aumento de la esperanza de vida, capacidad creativa de las redes sociales, el incremento del altruismo. Su comentario fue: *«Hacía 700 millones de años que no ocurría algo tan maravilloso»*. Puede parecernos superficial su análisis, pero no deja de ser optimista. Mientras que nosotros a menudo miramos nuestra vida con pesimismo. Por eso hoy nos preguntamos: *«¿Es maravillosa nuestra vida? ¿Tenemos un futuro maravilloso por delante?»* Ojalá pudiéramos decir que sí, que nuestra vida es fantástica, que tenemos lo suficiente para vivir con alegría y esperanza, que las pequeñas y grandes crisis no pueden quitarnos la sonrisa y no pueden borrar del alma el deseo de luchar hasta el final, contra viento y marea, sin importarnos las dificultades, sin compararnos con nadie, sin sufrir por un futuro incierto que nunca podremos controlar. Leía hace poco: *«Cristo es así: si te abandonas absolutamente a su divina voluntad jamás estarás perdido por mucho que las circunstancias parezcan adversas»*³. El camino es

³ María Vallejo-Nájera, "Un mensajero en la noche", 259

el abandono en las manos de un Padre que nos guía. El camino consiste en mirar hacia las cumbres para abandonar el valle en el que perdemos la perspectiva correcta. El otro día leía: «*La abeja, al ser depositada en un recipiente abierto, permanece allí hasta que muere, a menos que alguien la saque. Nunca ve la posibilidad de escapar por arriba. Trata de encontrar alguna forma de escapar por los laterales. Busca una salida donde no existe ninguna, hasta que se destruye a sí misma. Nosotros somos como la abeja. Lidiamos con nuestros problemas y frustraciones, sin darnos cuenta de que todo lo que tenemos que hacer es mirar hacia arriba*». Podemos caer en la desesperanza sin alzar la mirada hacia lo alto y buscar a Dios.

b. la insensibilidad ante el sufrimiento humano

Hace un tiempo pudimos ver por televisión la indiferencia en China de los transeúntes que pasaban delante de una niña de dos años, que yacía atropellada y malherida en mitad de una calle. Los coches la esquivaban. Pocos días después escuchábamos otra noticia escalofriante: «*Un camionero chino atropella a un niño de 5 años; al verlo malherido regresó a atropellarlo de nuevo, hasta comprobar que estaba muerto. Esto lo hizo porque, según la legislación de China, en caso de que un niño muera deberá pagar unos 2.000 euros de multa; en cambio, si sobrevive, se verá obligado a hacerse cargo de todos los gastos de la recuperación*». Al leer noticias como éstas nos quedamos aterrados. ¿En qué mundo vivimos? ¿Hasta dónde puede llegar el hombre? Recordamos la parábola del buen samaritano y quisieramos que en nuestro mundo hubiera muchos buenos samaritanos. No nos gusta vivir en un mundo egoísta, en el que cada uno sigue su camino y no se para a preguntarse qué necesitan los que le rodean. No deseamos un mundo en el que el hombre llega a dejar de lado todas aquellas cosas que le perturban y le quitan la paz, con tal de no perder su paz y comodidad. Decía Juan pablo II: «*El ser humano, al pecar, destruye su capacidad de vivir de forma pura, que poseía antes del pecado, la inocencia original, y de esa manera se priva a sí mismo de la alegría*»⁴. El pecado del hombre atrofia su capacidad para el amor, lo aísla y lo entristece quitándole la paz verdadera. El pecado nos paraliza y nos deshumaniza. Decía S. Agustín: «*Nosotros mismos cuando pecamos, sabemos que el pecado disgusta a Dios. Y, ya que no estamos libres de pecado, por lo menos asemejémonos a Dios en nuestro disgusto por lo que a él le disgusta. Así tu voluntad coincide en algo con la de Dios, en cuanto que te disgusta lo mismo que odia tu Hacedor*».

Ante el pecado que vemos a nuestro alrededor, ante nuestro pecado marcado por la omisión y la indiferencia, queremos mirar a Dios y mostrarle nuestro disgusto por lo que vemos. Es verdad que las noticias que nos llegaron de China eran dramáticas y nos apena que haya hombres que pecan de esa forma. Pero son hombres como nosotros, no peores. China es ahora una potencia mundial y nos da pena que transmita ese espíritu tan poco solidario. Pero esa misma falta de solidaridad es muy común en nuestro mundo.

Todos corremos el peligro de pasar de largo ante las necesidades de los que nos rodean y pecar por omisión. Es cierto que los dos casos mencionados son dramáticos y superan todo lo que podemos imaginar. Es verdad que en una situación así tal vez actuaríamos de forma diferente y nos detendríamos ante los niños heridos. Sin embargo, ¿qué ocurriría si la situación no fuera tan dramática? ¿Cuántas veces pasamos de largo ante personas que suplican nuestra ayuda? Con realismo confesamos nuestras omisiones. Nos dejamos llevar

⁴ Wanda Póltawska, “Diario de una amistad”, 69

por la vida y olvidamos lo esencial, lo más importante. Pasamos de largo ante la vida de los otros. Seguimos nuestro paso como si nada de lo que ocurre en nuestro entorno pudiera cuestionar nuestra forma de actuar. Al final de nada vale que tengamos muchos valores aprendidos, que creamos sin dudarlo en muchos principios sólidos, si luego, cuando comenzamos a actuar nos olvidamos de todo y renunciamos a lo más fundamental en nuestra vida. No queremos hacernos insensibles ante el sufrimiento, queremos acercarnos a socorrer, a regalar nuestra paz a tantos que la necesitan.

C. Una sociedad que se pregunta sobre el camino de la felicidad

Vivimos en una sociedad que continuamente se cuestiona sobre el verdadero camino que conduce hacia la felicidad. Se buscan soluciones momentáneas que no sacian la sed de plenitud que hay en el alma. Es la pregunta del hombre moderno que no se conforma con una vida vivida de forma mediocre, sin luz. En este mundo en crisis surge la pregunta fundamental en el corazón del hombre: ¿qué sentido tiene todo lo que hacemos? ¿Hacia dónde caminamos? ¿Para qué nos obsesionamos tanto con la vida, con el trabajo, con las preocupaciones? Es una pregunta constante en el hombre. ¿No es cierto que estas preguntas nos las hemos hecho alguna vez en nuestra vida? El otro día leía los resultados de un estudio realizado en la Universidad de Chicago y publicados en la revista «*Forbes*». La pregunta fundamental que hacía el estudio era la siguiente: ¿hay una relación entre felicidad y trabajo? O en otras palabras: ¿alguien puede ser feliz desarrollando un empleo? Los resultados de la investigación sorprenden: la lista de las personas más felices por el «*empleo*» que desempeñan la encabezan los sacerdotes católicos y pastores protestantes. Les siguen los bomberos, los fisioterapeutas, los escritores, los instructores de educación especial, maestros, artistas, psicólogos, agentes de servicios financieros y, finalmente, los ingenieros de operaciones. Como característica general compartida de estas diez «*profesiones*» está la poca remuneración económica y la entrega hacia los demás. Aunque nos empeñamos en basar nuestra felicidad en los bienes, en el dinero, en el status y la honra, en el reconocimiento de los demás, al final la felicidad la encontramos en la entrega hacia los demás. Steve Jobs comentaba: «*El único modo de hacer un gran trabajo es amar lo que haces. Si no lo has encontrado todavía, sigue buscando. No te acomodes. Como con todo lo que es propio del corazón, lo sabrás cuando lo encuentres*». Cuanto más nos entreguemos en lo que hacemos seremos más felices, encontraremos sentido a nuestra vida y nos sentiremos útiles para el mundo. Es necesario llegar a amar lo que hacemos. Decía el Padre Arrupe: «*Aquello de lo que estés enamorado, lo que arrebate tu imaginación, lo afectará todo, determinará lo que te haga levantarte por la mañana, lo que hagas con tus atardeceres, cómo pases los fines de semana, lo que leas, a quién conozcas, lo que te rompa el corazón y lo que te llene de asombro con alegría y agradecimiento. ¡Enamórate, permanece enamorado, y eso lo decidirá todo!*». Estamos llamados a amar y ser amados, a amar lo que hacemos y a entregarnos sin guardarnos nada.

La crisis que vivimos puede transformarnos en personas contrariadas y llenas de amargura, en lugar de hacernos más capaces para la alegría, para descubrir algo de esperanza en la oscuridad. Sor Verónica, fundadora de Iesu Communio, describía en Roma, hace unas semanas, el sentimiento de muchos jóvenes que llegan a su convento en la Aguilera: «*Creo que la desesperanza me apresó por tratar de defenderme del cristianismo, concibiendo el ser cristiano como un obstáculo para alcanzar la felicidad, como si Dios fuera un*

enemigo a la puerta que viniese a coartar mi libertad y a deshacer mis planes». Es el miedo a entregarle la vida a Dios lo que nos paraliza. El miedo a dejar que el amor de Dios en nuestras vidas nos cambie demasiado el rumbo que seguíamos. La queja entonces se convierte en una costumbre. El otro día leía: «*Mirándolo objetivamente, nunca tenemos motivos para quejarnos de nada ni de nadie. Mira a tu alrededor y encontrarás siempre situaciones mucho más difíciles, más dignas de lástima y compasión que las tuyas*». Cuando vemos el sufrimiento de los que nos rodean comprendemos que no podemos ir por la vida protestando por todo. Comprendemos que es necesario vivir con esperanza y alegría, buscando en el amor el sentido de nuestra vida y la felicidad que anhelamos.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN:

1. *¿Cómo llegamos a este retiro? ¿Qué tengo que dejar en manos de Dios para que Él me dé la paz que necesito?*
2. *¿Qué acontecimientos quisiera poner ante mi mirada, para que Dios y María me regalen la luz imprescindible para descubrir sus huellas?*
3. *¿Qué miedos me quitan hoy la paz, me impiden desconectar del todo, me intranquilizan?*
4. *¿Qué regalos me ha hecho Dios en este último tiempo? ¿Qué alegra mi corazón hoy?*

¿Cómo sale Dios a nuestro encuentro?

El encuentro tiene lugar cuando esperamos algo. Sólo encuentra el que espera. En la obra de teatro «*Esperando a Godot*» (obra de Samuel Beckett), los protagonistas esperan la llegada de un hombre llamado Godot (su nombre evoca a Dios). El personaje esperado nunca llega y ellos, sin embargo, no desesperan, siguen aguardando. Mientras tanto la vida pasa ante sus ojos sin hacer nada por cambiar la realidad. Creo que a veces nos encontramos nosotros así ante nuestra propia vida. ¿Qué esperamos? La tragedia del hombre es no llegar nunca a saber lo que de verdad espera. El deseo más profundo del corazón queda encerrado bajo la apariencia de mil deseos que se suceden a gran velocidad; el hombre no logra saber bien hacia dónde se encamina. Y nosotros nos sentimos superados por el tiempo, desordenados, descompuestos, rotos, perdidos en el camino sin esperar ya nada. La vida se rompe sin poder evitarlo. Tal vez sin dolor físico, tal vez con ese dolor incluido. Y al romperse todo es difícil, no logramos detener ese tiempo sin freno.

El problema es que si uno espera y se desanima, puede ser que le sorprenda la llegada de aquel a quien espera sin estar preparado para el encuentro. Uno de los protagonistas de la obra de teatro antes mencionada, Vladimir, comenta: «*A veces me digo que, a pesar de todo, llegará. Entonces todo me parece extraño. Aliviado y, al mismo tiempo, espantado*». Porque da miedo enfrentarse entonces a la evidencia de la llegada de aquel que es esperado. Asusta la responsabilidad. Nos sentimos espantados, como el protagonista. No es fácil cambiar y volver a cambiar. La necesidad del cambio es acuciante en Adviento, como si Dios bajara a buscarnos para empezar con nosotros de nuevo el camino. Pero el miedo al cambio nos paraliza. Sin embargo, necesitamos con urgencia el encuentro profundo con el Señor. La vida va a mucha velocidad y no tenemos tiempo para nada, no podemos, no nos detenemos. Buscamos lugares donde podamos encontrar al que esperamos, o a aquel al que realmente no esperamos, porque no conocemos bien su rostro.

Hace unos años, en un retiro de Adviento, alguien me preguntaba: «*Yo esperaba que hablarais más del Adviento. Este retiro podría haberse dado en cualquier época del año*». Y tenía razón, por supuesto. En ese retiro, y tal vez en éste, tocamos temas de la vida, temas que son recurrentes en cualquier época del año. Sin embargo, en esta ocasión queríamos tocar algunos aspectos relativos al tiempo que comenzamos. Pensaba en varios elementos que son propios de estas semanas de preparación de la Navidad. Voy a mencionar cuatro: la estrella que conduce a Belén y nos muestra nuestro camino; Belén como lugar de paz, de esperanza y de luz; Belén como lugar de conversión; Belén como lugar de alianza de Dios con el hombre. Voy a centrarme en estos cuatro aspectos que nos pueden ayudar a vivir con intensidad el tiempo que viene. Además quiero invitaros a meditar sobre nuestro santuario; es el lugar de gracias en el que María nos espera y donde sale a nuestro encuentro. Queremos poner el santuario en el centro de nuestra vida.

La estrella que conduce a Belén y nos muestra nuestro camino

María es esa estrella que nos señala hacia dónde caminar. Algo propio del Adviento consiste en mirar la estrella. Y mirar la estrella es mirar a María. Buscamos siempre estrellas

que nos muestren hacia dónde tenemos que ir. Nos dejamos guiar por aquellos que en la sociedad tienen algo que decir. Nos dejamos llevar por las opiniones de personas formadas, especialistas, ídolos. Por la opinión de nuestros amigos y de la gente cercana. Pero nos cuesta buscar a María y hacer que su estrella guíe nuestro caminar. Nos cuesta hacer oración y tomar las decisiones en diálogo profundo con Dios. Él sale a nuestro encuentro en este tiempo de Adviento. María sale a nuestro camino para mostrarnos la senda correcta. Sabemos que el Santuario es un lugar privilegiado para encontrarnos con Dios y descubrir lo que se nos pide. En el Santuario está María. En vuestros santuarios hogares está María. Hace falta una cierta sensibilidad para lo sobrenatural para percibir allí su presencia, para descubrir su presencia sobrenatural en nuestras vidas. Hace poco una señora contaba una experiencia: *«Una amiga mía, que creía en las energías, pero no tanto en la Iglesia, llegó a mi casa y me dijo un día, mirando nuestro santuario hogar: -¡Menuda corriente de energía tienes aquí! Y desde ese momento, cada vez que llegaba a casa se sentaba allí a meditar»*. El hombre de hoy busca lugares con paz, con ondas positivas y con una presencia sobrenatural especial. Encuentra así lugares marcados por el amor de Dios a veces sin saberlo. Nuestros santuarios son lugares en los que es posible el encuentro de Dios con nosotros. En el Santuario Dios se hace presente y nos busca. El misterio del Adviento es que la estrella sale a buscar al hombre que está en búsqueda. Dios se pone en camino para encontrarse con el hombre que busca. Es imposible mirar a las estrellas cuando caminamos mirando la miseria de nuestra vida. Sólo alzando la mirada podemos ver las estrellas. Es necesario entonces abrirnos a la luz de la estrella. María nos ilumina el camino y queremos dejar que Ella nos guíe.

Belén como lugar de paz, de esperanza y de luz

En nuestra historia de salvación hay lugares de gracia que nos señalan la presencia de un Dios que nos espera. Nosotros ponemos el acento en nuestra actitud de espera. Pero es Él el que aguarda que empecemos a mirar al cielo y dejemos de mirar de una vez la tierra por la que caminamos. Hay lugares tocados por Dios y donde Dios derrama gracias especiales. Pero muchas veces esto es malentendido. El P. Kentenich cita las palabras de un laico, Hengstenberg: *«El hecho de que recibamos gracias en lugares de gracia, bajo condiciones que nosotros no ponemos ni influenciamos en absoluto, gracias que, de algún modo, no son repartidas en ningún sitio, es motivo de escándalo. Se toma mal que Dios haga esta distribución “ilegal” de gracias»*⁵. Muchas personas, al conocer el Santuario, se hacen la misma pregunta. ¿Por qué es especial el Santuario? ¿Por qué ha elegido Dios un lugar tan pequeño para repartir gracias especiales? ¿No está Dios presente en todos los templos y sagrarios? ¿No está María en todas partes? ¿Qué tiene de especial nuestro Santuario? Y la respuesta que da este laico nos ilumina y nos permite entender algunas cosas: *«En los lugares de gracia Dios quiere señalar que Él da la gracia a quién Él quiere y cuando Él quiere; que se debe buscar a Dios allí donde se muestra, que se lo debe escuchar allí donde Él habla y cuando Él dispone el tiempo en que se haga»*⁶. Dios, por medio de María, ha elegido un lugar especial como lugar de gracias. Desde aquí quiere irradiar y repartir sus gracias. Quiere que las recibamos al hacernos pequeños y humildes, niños llenos de confianza que caminan confiados.

⁵ J. Kentenich, “Espiritalidad de la alianza”, 2^a Parte, 260

⁶ J. Kentenich, “Espiritalidad de la alianza”, 2^a Parte, 260

Por eso es tan importante vincularnos al Santuario como lugar de gracias. La vinculación a los lugares es muy importante. Decía el P. Kentenich en el Acta de Fundación de Schoenstatt: «*Esta capillita pertenece a nuestra pequeña familia de congregantes, a cuya cabeza reina nuestra Madre Celestial. Es toda nuestra, es únicamente nuestra*». Los jóvenes hicieron suya esa capillita. También nosotros queremos hacer nuestro el Santuario. Porque nos damos cuenta de la importancia que tiene la vinculación a los lugares y a las cosas. El P. Kentenich le decía a las familias en Milwaukee: «*El hombre moderno se ha vuelto un esclavo de la cultura y ha perdido el vínculo personal con las cosas. Entre nosotros los adultos eso no es tan terrible, pero ustedes se darán cuenta de qué modo influye esta realidad en nuestros hijos*»⁷. Sabemos lo importante que es para los niños la vinculación a los lugares. Cuando se encuentran fuera de casa se pierden. También para nosotros los lugares son importantes. Están unidos a vivencias, a experiencias personales y familiares. Toda familia busca un lugar en el que echar raíces y hundir su corazón para siempre. Es verdadero el valor pedagógico de la vinculación a los lugares para los padres y los hijos. Los niños crecen con una mayor seguridad cuando se acostumbran a ciertos lugares, a un hogar, a su cuarto, a una rutina. Los Santuarios hogares son lugares en los que la familia reza y se vincula. Allí se unen el cielo y la tierra. Los hijos aprenden la importancia de la vinculación local.

Esta experiencia tan importante en el plano natural es también muy importante en el plano sobrenatural con nuestros santuarios filiales. Al Padre Kentenich le decían, que la vinculación local que promovía Schoenstatt, la había copiado de la vinculación con Múnich que había pretendido el Nacionalsocialismo. Se insinuaba que Schoenstatt había copiado a los nazis. El P. Kentenich acentuó que más bien había sido al revés: «*Una vez que el Demonio ha captado que el Señor hace surgir algo grande, como es nuestro caso en Schoenstatt, el "mono" de Dios lo imita inmediatamente*»⁸. La vinculación local no sólo tiene una importancia sicológica y pedagógica, tiene una dimensión sobrenatural fundamental que nos enriquece. Hay un misterio detrás, una conducción de Dios. Dios elige el lugar desde el que quiere repartir gracias especiales y lo bendice con su mano. Schoenstatt, como siempre decimos, no es sólo un Movimiento vinculado a un lugar. Es tan fuerte la importancia de la fuente de gracias, que podemos decir que Schoenstatt es un Santuario del que surge con fuerza, como una corriente de vida, un Movimiento. Es un santuario con un Movimiento y no al revés.

Belén como lugar de conversión

El Santuario es nuestro Belén en el cual tiene lugar nuestra verdadera conversión. El P. Kentenich muestra el deseo profundo de María de tomar posesión de lugares desde los cuales derramar sus gracias y educarnos: «*Busca lugares desde los cuales pueda desarrollar en forma eminentemente su actividad educadora. Quiere repartir sus tesoros y tomar en sus manos la educación de su pueblo y de los líderes*»⁹. María necesita lugares especiales y ha elegido el santuario como su Belén, donde Dios se encarna en su seno. Una persona comentaba: «*Cuando llego al Santuario me siento mejor. Cuando permanezco en el Santuario llego a ser mejor. Cuando salgo del Santuario hago que los demás sean mejores*». Desde el Santuario soñamos con

⁷ J. Kentenich, "Los lunes por la tarde", tomo I

⁸ J. Kentenich, "Espiritalidad de la alianza", 2^a Parte, 266

⁹ J. Kentenich, "Espiritalidad de la alianza", 2^a Parte, 262

que María transforme nuestra vida y la de tantos hombres que necesitan encontrarse con Dios. Quiere educarnos, quiere que cambiemos de vida e iniciemos un nuevo camino. A través de nuestra consagración a María en el Santuario experimentamos la transformación. María sale a nuestro encuentro y nos transforma desde nuestra pobreza. Atrae los corazones jóvenes y los forma en su mano. María se ha establecido en un lugar de gracias para transformar nuestras vidas, para hacer posible un nuevo Belén, el Belén de nuestro corazón. Nos cuesta creer en su poder hasta que experimentamos cómo da de nuevo a luz a Cristo en nuestra historia personal. Decía el P. Kentenich: «*Dios nos quiere divinizar. Él quiere que no sólo recibamos en nosotros la vida divina, sino que fluya dentro de nosotros, que fluya con fuerza, para que con el tiempo penetre hasta las profundidades de nuestro ser*»¹⁰. En el Santuario Dios penetra nuestra vida y nos hace de nuevo. Vuelve a nacer en nosotros.

Sabemos que nada ocurre sin María, porque Dios la ha elegido desde la eternidad para traer a Cristo al mundo. Y sabemos también que nada ocurre sin nosotros, sin nuestra entrega diaria. Hay lugares santos que existen independientemente de la entrega del hombre. Sin embargo, nuestro santuario vive de la entrega generosa de los que a él están vinculados. Por eso es tan importante el aporte de nuestro capital de gracias, de nuestro sí a la voluntad de Dios. Hace poco leía: «*Todos nuestros sufrimientos, si los llevamos con paciencia y se los ofrecemos a Él, serán una constante fuente de alegría y no de penas. Porque Él acoge cada gota de tristeza que le ofrecemos con todo el amor del mundo. Y la utiliza*»¹¹. Y una persona me decía: «*Lo increíble de María es que uno le entrega a Ella toda nuestra pobreza, nuestra tibieza y debilidad y Ella la transforma en gracias para todos*». Todo adquiere una nueva dimensión en el corazón de María y en el de Dios, también el sufrimiento y el dolor: «*Cuando tengas algún sufrimiento que ofrecer, hazlo lo antes posible al cielo, con una sonrisa, como si fuera el mayor de los regalos*»¹². El dolor, la cruz, las caídas, las alegrías, toda nuestra vida, cuando conscientemente la entregamos en el Santuario, se convierten en nuestro gran aporte. Muchas veces pensamos que Dios sólo acepta nuestros méritos, nuestros éxitos y buen comportamiento. Sin embargo, Dios nos lo pide todo; quiere nuestra pobreza para poder Él gobernar en nuestra vida, para manifestar su poder. Quiere que le entreguemos todo lo que somos y tenemos, que no nos guardemos nada por vergüenza, por miedo a ser rechazados.

Belén como lugar de alianza de Dios con el hombre

La alianza de amor con María en el Santuario tiene las siguientes características: «*Despojo, entrega y apropiación*»¹³. La primera característica es el despojo: «*El cristiano es separado del mundo; es despojado de sí mismo, no es más su propio señor, no puede hacer simplemente lo que quiere. Él pertenece al Señor, a quien ha sido entregado y quien se ha apropiado de él y lo ha unido así*»¹⁴. Por medio de la Alianza somos despojados de nuestros propios deseos. Cuando somos fieles a nuestro sí vivimos despojados de todo aquello que nos ata. ¿Es cierto? ¿Vivimos despojados de nuestra propia vida? Muchas veces no somos tan fieles a la alianza en este aspecto. Nos aferramos a la vida, a nuestros sueños, a nuestros bienes. Queremos

¹⁰ J. Kentenich, "Mi santuario corazón"

¹¹ María Vallejo-Nájera, "Un mensajero en la noche", 157

¹² María Vallejo-Nájera, "Un mensajero en la noche", 157

¹³ Conf.: José Kentenich, "Espiritualidad de la alianza", 57

¹⁴ José Kentenich, "Espiritualidad de la alianza", 57

apropiarnos del futuro, de los amores ajenos, de lo que, en realidad, sólo le pertenece a Dios. Somos suyos y nos olvidamos. Nos hacemos fácilmente esclavos del mundo que nos seduce y no vivimos entonces despojados, sino aferrados a una vida que es don.

Lo segundo es la entrega: «*Toda consagración significa para nuestro pensar y querer una decisión por Cristo, querida y elegida libremente: por su persona, sus intereses y su Reino. Encierra en sí un nuevo, inequívoco y vigoroso acto de la voluntad que impulsa hacia arriba, una nueva decisión por Él, el rey del mundo y de los corazones*»¹⁵. Está en nuestras manos. Es una entrega consciente de todo lo que somos y tenemos. Queremos entregarle la vida para desprendernos de todo. Es la vocación a la entrega y a la generosidad. Pero muchas veces no desplegamos nuestra alma vacía delante de Dios. Nos escondemos en sutiles recovecos esperando a no ser descubiertos por la mirada del Padre. Entregamos parte de nuestro ser, pero no nos entregamos. Por miedo a perderlo todo, a perder el control de nuestra vida.

La alianza, en tercer lugar, implica una apropiación. María y Dios se apropián de nuestra vida: «*Significa también un movimiento de gracia de arriba hacia abajo, de Él hacia nosotros. Significa crecer más en profundidad, en una estrecha comunión de amor entre nosotros y Cristo y con el Dios Trino*»¹⁶. A veces nos cuesta creer en el poder de Dios, en la eficacia de su gracia. Nos confrontamos con asiduidad con los límites en nuestra vida y no entendemos el poder de la gracia que rompe las resistencias y penetra todo con su poder. Nos ponemos límites y no creemos en el poder inagotable de la gracia. Nos parece imposible que alguien se pueda apropiar totalmente de nuestra vida. Pero Dios lo logra cuando previamente nos hemos entregado, hemos rendido nuestra autonomía y nos hemos hecho pobres a los ojos de Dios.

Esta descripción de la Alianza de amor nos hace más conscientes de la misión que tenemos por delante. Decía el P. Kentenich: «*La alianza de amor nos protege de los peligros del colectivismo y del pensar mecanicista*»¹⁷. A través de la alianza descubrimos la originalidad de nuestra vocación y logramos que todo se integre en nuestra vida. Vencemos la separación en la que vivimos. Esa separación del tiempo de hoy en que se rompe fácilmente la unidad entre fe y vida, entre el amor concreto y las ideas bonitas pero lejos de la realidad, entre nuestra tendencia a la autonomía y nuestra vocación para la unidad. A través de la Alianza descubrimos cómo Dios nos conduce y nos guía y lo integra todo. Cuando nos hacemos dóciles a través de la alianza podemos aceptar con docilidad los planes de Dios, aunque no entendamos nada. Decía el P. Kentenich: «*Si queremos llegar a ser hombres libres, nuestra petición debe ser: me puedes enviar todo lo que tú quieras, especialmente aquello que yo no quiero*»¹⁸. María, en la alianza de Amor, nos pide que le entreguemos todo y Ella nos regala todo su corazón. Nos pide nuestra libertad y nos hace esclavos de la voluntad de Dios. Es la complementación lo que Ella desea. Quiere nuestro amor y servicio desinteresado. A cambio nos entrega su alma pura e íntegra, su alma fiel y valiente, su alma grande y fiel.

La alianza de amor en el Belén de nuestro Santuario se convierte en una verdadera escuela para nuestra vida matrimonial. En el Santuario tomamos conciencia de la necesidad que

¹⁵ J. Kentenich, “Espiritualidad de la alianza”, 2^a Parte, 59

¹⁶ J. Kentenich, “Espiritualidad de la alianza”, 2^a Parte, 59

¹⁷ J. Kentenich, “Espiritualidad de la alianza”, 2^a Parte, 267

¹⁸ Ejercicios para el Instituto de Padres diocesanos de Schoenstatt, 1966

tenemos de amar bien a nuestro cónyuge, de amar bien la familia que Dios nos confía. El amor conyugal es un don y una tarea, una gracia y una misión para la vida. Amarnos bien y amar bien al cónyuge es la vocación más grande a la que estamos llamados como matrimonio. Amar significa respetar. Significa aceptar al otro en su integridad, en sus debilidades y fortalezas. Significa comprender que su alma será siempre un misterio ante el que nos tenemos que arrodillar. Sin querer comprenderlo todo, sin querer poseer. El P. Kentenich cita a A. Schweitzer para decir: *«Tenemos que entregarnos a esta realidad de que somos un misterio uno para el otro. Conocerse no quiere decir saberlo todo uno del otro sino tenerse amor y confianza recíprocos y creer uno en el otro. No sólo hay un pudor del cuerpo sino también un pudor del espíritu que hay que respetar. También el alma tiene sus velos de los que no hay que despojarla»*¹⁹. Es un amor que crece en la confianza y en el respeto. Un amor que se hace esclavo y servidor de la vida que se le ha confiado. El otro día una persona me escribía algo muy bonito en su aniversario de boda: *«La raíz de la palabra familia, viene de "famulus" que significa sirviente o esclavo. Me está dando que pensar que en la familia deberíamos ser esclavos los unos de los otros y no esperar que el otro se comporte como un esclavo para el bienestar propio. Esto parece obvio, ¿verdad? Bueno, pues pido para que sepa ser una esclava llena de amor con toda mi familia»*. En el santuario se han de formar familias santas, que, a través de sus santuarios hogares, sean cunas de santidad en medio del mundo. Una santidad que es servicio y generosidad, apertura a las diferencias y respeto a la vida que se comparte.

Nuestras familias están llamadas a ser Belenes vivientes en los que Cristo se haga carne de nuevo. En ese ambiente familiar de oración es donde pueden surgir vocaciones para la vida consagrada. Estamos llamados a vivir una atmósfera de Dios en nuestros santuarios hogares. Describía el P. Kentenich cómo es nuestro corazón cuando Dios habita en él: *«Esta maravillosa comunidad con el Dios que habita en mí, es una comunidad de tranquilidad y de paz. La conciencia de no estar solo, de que Dios vive dentro de mí, debería darme completa tranquilidad y confianza, de tal forma que sólo vivamos el momento presente: el amado, que habita dentro de mí, lo hace todo. Dios debe ser el centro de gravedad de mi vida»*²⁰. Cuando Dios es el centro de gravedad de nuestra vida familiar muchas cosas cambian. Empezamos a buscar su voluntad antes que la nuestra y dejamos que guíe los pasos de nuestra familia.

Nuestras familias están llamadas a ser ese Belén en el que se puedan forjar corazones que den respuestas a la sociedad en la que vivimos. Se trata de forjar una nueva cultura, una cultura de la alianza que plasme un nuevo orden social. Una cultura nueva que surja de nuestro amor y entrega a María en alianza. Pero siempre desde nuestra pequeñez, desde nuestros límites, asumiendo que sin Dios nada es posible. Decía Emilio Duro: *«En la vida hay que ser realistas y aceptar lo que somos»*. El realismo ante nuestra vida nos libera de falsas proyecciones. Sin embargo, no podemos conformarnos con lo que somos, aspiramos a más, queremos crecer más allá de nuestras fuerzas. Estamos llamados a dejar que Dios haga todo nuevo, que nos cambie en el corazón y permita una nueva vida en nosotros, la vida del Espíritu. Es la nueva cultura que traspasa todo lo que hacemos, nuestras costumbres familiares, nuestra forma de amar y entregarnos, nuestra vida laboral y social. No somos islas aisladas del mundo. Nuestra forma nueva de vivir traspasa el mundo que nos rodea. Cuando vivimos con humildad y autenticidad nuestra vida llega a muchos corazones.

¹⁹ J. Kentenich, "Textos pedagógicos", 258

²⁰ J. Kentenich, "Mi Santuario corazón", 23